

Saint Paul, Minnesota, 1957

La nieve había comenzado ya a invadir la ciudad. Todas las calles estaban preparadas para celebrar el Día de Acción de Gracias y adornadas para la cabalgata. Varios niños vendían papeletas para un sorteo con el fin de recaudar fondos para comprar pavos para los orfanatos de la ciudad. A Kermit Marzec le gustaba su vida americana. Le gustaban su trabajo, sus amigos, su familia y su vida en Estados Unidos.

Hacía poco menos de una década que había emigrado desde la destruida Europa, huyendo de una posguerra de hambre y miseria, sin un centavo en los bolsillos. En Estados Unidos se había ganado una buena fama de empresario tenaz y hábil y, sobre todo, de amigo de sus amigos. Marzec formaba parte incluso de la honorable Cámara de Comercio de Saint Paul. Su empresa de chatarrería, la Marzec's Enterprises Scrap Metal, cuya sede se encontraba a orillas del Mississippi, se había convertido en uno de los patrocinadores oficiales del equipo de fútbol de la ciudad. Todo era perfecto en su vida. Había conocido a su esposa Margaret nada más pisar suelo estadounidense y tenían dos hijos: John de once años y Michael, de ocho.

Ker, como le conocían sus amigos, iba cada mañana a Tony's, un café en donde solían reunirse los veteranos del cuerpo de marines que habían combatido en los campos de batalla de Europa. A Marzec le gustaba escuchar junto a sus hijos las historias de aquellos hombres, algunos de ellos mutilados, acerca de cómo habían salvado Europa de la Alemania nazi. Incluso se sentía orgulloso de vivir en el mismo país que aquellos hombres.

—Hola, Ker. Hola, chicos —saludó el dueño del local—. ¿Qué vais a tomar?

—Huevos, judías, beicon muy hecho, tostadas de pan blanco, café para mí y chocolate para los chicos —contestó Marzec.

Mientras desayunaba leyó el periódico, que mostraba en su portada los graves incidentes acaecidos en Little Rock, en el Estado de Arkansas, entre racistas blancos y manifestantes negros que pedían la aplicación de la ley contra la discriminación racial en las escuelas. En las fotografías se veía a racistas blancos escupiendo a los paracaidistas enviados por el presidente Eisenhower para hacer acatar la ley.

—Ya no sé hasta dónde vamos a llegar en este país. Ciudadanos estadounidenses escupiendo a soldados estadounidenses —dijo Marzec.

—Es curioso —intervino el camarero del local—, hace unos años les recibíamos como héroes al haber acabado con ese carnicero de Hitler y hoy les escupimos en Arkansas.

—Vamos, chicos, tenéis que ir al colegio —interrumpió Marzec mientras arrojaba sobre la mesa dos billetes de dólar.

Los tres se subieron al Ford Fairlane 500 familiar y circularon por Grand Avenue hasta St. Albans Street. Al llegar a la puerta del colegio, Marzec se bajó para abrir la puerta para que sus dos hijos bajaran del vehículo. Tras darles un beso en la cabeza a cada uno, volvió a subir al Ford y condujo nuevamente hasta Grand Avenue para dirigirse hacia el este por la estatal 35. En la radio sonaba la voz de Bill Haley & His Comets interpretando su último éxito: *Don't Knock the Rock*. Al llegar a Shepard Road giró a la derecha y atravesó el puente sobre el Mississippi para entrar en la zona industrial de la ciudad. Nada más cruzar el puente volvió a girar a la derecha por Filmore Street hasta un gran conjunto de naves industriales que se alzaban en un descampado. Un enorme letrero de la Marzec's Enterprises Scrap Metal coronaba el edificio más grande.

Aún era temprano. Ni siquiera había llegado Lucy, su secretaria. Kermit Marzec se apeó del vehículo para abrir la gran puerta metálica y entró con el Ford en el aparcamiento, donde varios camiones habían dejado una descarga de chatarra a medias.

Con un termo de café caliente en una mano y una bolsa de donuts entre los dientes, buscó las llaves de la puerta principal en el bolsillo del pantalón. En ese momento sintió cómo una sombra se situaba a su espalda. El misterioso visitante al que Marzec no consiguió ver el rostro colocó en un rápido movimiento un fino alambre alrededor del cuello del chatarrero y lo estranguló en cuestión de segundos. El café caliente al caer sobre la moqueta barata se mezcló con la orina de Marzec, que había aflojado su vejiga mientras intentaba desesperadamente llevar un poco de aire hasta los pulmones.

El desconocido, de complexión fuerte, alzó el cadáver de Marzec como si fuera un muñeco y lo introdujo en el maletero del Ford. A continuación, subió al vehículo y lo situó frente a la compactadora de chatarra. En cuestión de segundos el Ford Fairlane se convirtió en un cubo metálico sin forma del que salían pequeños rastros de sangre por uno de sus lados. Poco después, el asesino desapareció del lugar tal y como había llegado.

Finsbury Park, Londres

El doctor Daniel Bergman representaba al perfecto pediatra de barrio. Vivía en una húmeda casa de dos pisos en Seven Sister Road, en el suburbio londinense de Finsbury Park. Se había instalado allí cuando acabó la guerra y había establecido una de las mejores clínicas pediátricas de la ciudad. En ella atendía preferentemente a niños de familias sin recursos. Siempre estaba abierta a los más necesitados y el propio doctor Bergman siempre estaba dispuesto a acudir a la casa de alguno de sus pequeños pacientes sin importarles la hora o el clima reinante. Incluso muchas familias adineradas llevaban a sus hijos a la clínica para que los tratara el buen doctor. Bergman mostraba una gran habilidad para quitarles el miedo a los niños, tanto si les atendía porque tenían algún hueso roto o si padecían alguna enfermedad, como sarampión o escarlatina. A los niños les gustaba aquel simpático médico que los reconfortaba con un dulce y una pregunta: «¿A quién quieres más? ¿A papá o a mamá?».

El doctor Bergman cuidaba mucho su aspecto. Sus manos eran delgadas, sus dedos, largos, y llevaba siempre las uñas pulcramente cortadas. Vestía siempre trajes de lana, tanto en invierno como en verano.

Como cada mañana, Helen, su enfermera, se encargó de abrir la consulta y de ordenar las fichas de los pacientes. A las cinco de la tarde, el doctor Bergman veía a su último paciente.

—Doctor, ¿quiere que cierre por fuera? —preguntó la enfermera antes de marcharse.

—Sí, Helen, gracias. No voy a salir y mañana comenzamos temprano. Ya he dicho a la señora Cadweld que cenaré en cuanto acabe con estas fichas.

—Entonces, buenas noches, doctor.

—Buenas noches, Helen.



ERIC FRATTINI

El ama de llaves llevaba un mes al servicio del doctor Bergman. Aplicada, recta y con un espíritu casi germánico, fue su carácter precisamente lo que le llamó la atención al médico para contratarla.

—¿Dónde quiere cenar, doctor Bergman? —preguntó el ama de llaves.

—Cenaré en mi despacho de la planta de arriba —respondió el médico.

—He preparado caldo de pollo y estofado de carne. Le llevaré la bandeja dentro de un rato—dijo la mujer.

—De acuerdo. Mientras, terminaré con estas fichas de los pacientes antes de subir.

La mujer cerró la puerta al salir, dejando al médico en la soledad de su consulta. Pasada media hora, un pequeño golpe sonó en la puerta. Era nuevamente la señora Cadweld.

—Le he dejado la bandeja en su despacho, pero si se retrasa, va a enfriarse la cena.

—Gracias, señora Cadweld, pero no me regañe como a un niño. Enseguida subo.

Bergman se levantó y se dirigió a la planta de arriba. En su despacho lo esperaba ya la señora Cadweld, con la servilleta entre sus manos para colocársela al doctor.

Bergman se acercó al plato, cerró los ojos y olió el estofado de carne con verduras.

—Qué bien huele —dijo antes de sentarse.

Pasados unos minutos, la señora Cadweld oyó que en el despacho sucedía algo. Al entrar, vio al médico en el suelo cubierto por su propio vómito e intentando respirar. Mientras la vida se le iba escapando de entre sus pulmones, Daniel Bergman vio cómo la señora Cadweld le miraba desde el sofá, donde se había sentado para observar pacientemente la escena. Una vez que comprobó que el pediatra estaba muerto, el ama de llaves lavó los platos para borrar cualquier rastro de hexobarbital, se colocó un pequeño gorrito y una capa y se marchó de la clínica, desapareciendo en la noche.

Oulu, Finlandia

Las fuertes nevadas habían dejado sin reparto de correo a la región y Seppo Törni, el cartero, tenía bastante trabajo atrasado. A pesar de la dureza y de las inclemencias del tiempo, a Seppo le gustaba acabar



pronto su trabajo para dedicarse a dos de sus mayores aficiones: la caza y el esquí de fondo. Desde que había llegado a Finlandia como refugiado, tras la Segunda Guerra Mundial, había estado dando tumbos de un lado a otro. Primero, había trabajado de empaquetador en una fábrica de papel en Tyrnävä; después, había ejercido de soldador en un astillero de Turku. Finalmente, había acabado por instalarse en la lejana Oulu, donde encontró una cabaña alejada del mundo y un cómodo puesto en el servicio finlandés de correos. Allí, nadie hacía preguntas.

—Buenos días, Seppo —saludó el señor Haukanen—. Hace tiempo que no nos traes el correo.

—Ha sido por culpa de la nieve, señor Haukanen, pero el correo está ya restablecido y creo que no habrá ningún problema hasta la próxima nevada —dijo Törni.

Una vez entregado todo el correo, ya casi a mediodía, Seppo Törni regresó en su pequeña motocicleta hasta su cabaña, situada en un desvío de la carretera a Muhos. Cuando entró en la cabaña, de repente algo se abalanzó sobre él. Sin poder reaccionar, su perro de raza husky comenzó a lamerle la cara y a corretear alrededor de él.

—Déjame, *Keisari*, déjame ya —dijo Törni mientras empujaba el pesado cuerpo del perro—. Todavía tenemos luz para salir a cazar un rato.

Seppo Törni se colocó el rifle a la espalda y se calzó los esquíes para adentrarse en el bosque que rodeaba la cabaña, acompañado por *Sultán*. De repente, a unos quinientos metros, observó cómo un zorro polar buscaba raíces para comer tras la nevada. Sin hacer el menor ruido, colocó la mejilla en la carrillera del rifle y fijó la mira en el cuerpo del animal. Contuvo la respiración mientras su dedo presionaba lentamente el disparador. Antes de que el proyectil pudiese salir por el cañón, un sonido seco rompió el silencio del bosque. Una bala había impactado en el cráneo del cartero. El cuerpo de Seppo Törni quedó tirado con el cráneo destrozado, en medio de la nada, mientras su sangre teñía la nieve a su alrededor. A unos setecientos metros del cadáver, un experto tirador solitario guardó cuidadosamente su arma en la funda y desapareció en la inmensidad de aquel paraje.



I

Estrasburgo, 1944

El 10 de agosto, catorce hombres, todos poderosos banqueros, magnates industriales, oficiales de las SS y la Gestapo, miembros de la Cancillería y del Reichsbank, fueron obligados a abandonar sus trabajos y destinos en el frente y convocados en un hotel de la ciudad ocupada de Estrasburgo, en la frontera franco-alemana.

El mayor de las SS Helmut Voss recorría de un lado a otro de forma nerviosa la lujosa sala, presidida por una elegante mesa de lustrosa caoba. No podía faltar nada, nada debía quedar sin atar. Ningún cabo suelto. Alrededor de la mesa se hallaban catorce sillas y, frente a ellas, catorce cuadernos en cuyas páginas podía divisarse un águila con las alas extendidas sujetando entre sus garras una hoja de laurel rodeando una esvástica.

En una amplia sala contigua se alzaba una larga mesa presidida por varias piezas de una vajilla de plata y copas de cristal de Bohemia. Se habían traído para el evento que iba a dar comienzo en pocas horas langostas frescas, caviar del Caspio, ostras de Normandía, *foie*, champán Bollinger, cigarros habanos y los más caros y selectos licores.

—Tenemos instrucciones muy concretas. La vajilla es muy valiosa —indicó el mayordomo a uno de los camareros traídos desde un batallón de las SS especialmente para la ocasión. Mientras, una secretaria escribía a plumilla en unos tarjetones el nombre de los asistentes.

—¿Mayor? —preguntó el mayordomo.

—¿Sí? —respondió Voss.

—Ha llegado el taquígrafo.

—Perfecto. —Y dirigiéndose al taquígrafo, añadió—: Puede usted instalarse. Le daré instrucciones más tarde. ¿Cuántos rollos ha traído?

—Cinco, señor.



ERIC FRATTINI

—Demasiados. En pocas horas habrá finalizado la reunión —sentenció.

El mayor Helmut Voss se dirigió hacia uno de los extremos del salón. Allí le esperaba la secretaria con su guerrera en las manos. Extendió los brazos hacia atrás para facilitarle a la mujer que se la colocase. Se sentía bien con ella. En su cuello se veía la doble S rúnica. En su pecho lucía su historia militar: la Cruz de Hierro, obtenida en el campo de batalla durante su servicio en la Waffen SS, la Cruz de Dánzig de Primera Clase, la Medalla de los Sudetes, la Cinta del partido por sus primeros diez años de servicio y la Cinta del Servicio de Policía por sus dieciocho años de trabajo. Esta última se la había sido entregada el propio Führer en una brillante ceremonia en la Cancillería en Berlín.

—Sonría... —pidió Voss a la nerviosa secretaria—, hoy es un gran día para el futuro del Reich.

Los primeros visitantes comenzaron a llegar.

—¿Ha venido ya el invitado principal? —preguntó uno de ellos a Voss.

—No, aún no. Si necesitan cualquier cosa, caballeros, no duden en pedirselo a un asistente o a mí mismo —indicó.

—¿Para qué hemos sido convocados? ¿De qué trata la reunión? —preguntó un recién llegado mayor Voss.

—¿De qué tratan siempre las reuniones? De poder, de consolidación del poder —respondió el militar intentando con ello dar por zanjada la cuestión.

A pocos kilómetros de allí, un vehículo cruzó a gran velocidad el puente del Teatro en dirección a la plaza de Broglie. El Mercedes de color negro no portaba ningún distintivo que pudiese indicar el rango del pasajero. Nadie debía saber que se encontraba en aquella ciudad.

El coche, conducido por un funcionario de la Cancillería, redujo su velocidad y giró a la izquierda en la calle de la Haute Montée hacia la céntrica plaza Kléber. Su misterioso pasajero miró hacia el exterior y divisó la aguja de la catedral de piedra rosa del siglo XV, que se confundía con los tejados multicolores del casco histórico de la ciudad.

El visitante volvió su atención a los gruesos informes que mantenía en equilibrio entre sus gruesas piernas. El primero de ellos, de carácter militar, detallaba los avances de los ejércitos aliados que habían desembarcado hacía poco menos de dos meses en las playas de Normandía. El segundo, de carácter policial, explicaba los aconteci-



mientos acaecidos el mes anterior, exactamente el 20 de julio, cuando un grupo de altos oficiales de la Wehrmacht liderados por el coronel Claus von Stauffenberg intentó acabar con la vida del Führer en su cuartel general de Rastenburg, conocido como la Wolfsschanze o Guarida del Lobo.

—¡Malditos traidores ineptos! —exclamó el pasajero del Mercedes mientras arrojaba a un lado el dossier policial. Los informes y las fotografías que había en el interior quedaron esparcidos por el asiento de cuero. Los rostros de los cadáveres de Von Haeften, Olbricht, Von Quirnheim, Von Witzleben, Hoepfner, Bernardis, Klausning, el general Beck y del propio Von Stauffenberg miraban desde la nada al misterioso pasajero. Algunos de ellos colgaban de un gancho de carnicero en una fría sala de la prisión de Ploetzensee.

El informe militar, con el sello de «alto secreto» en la primera página, detallaba cuidadosamente los avances de los ejércitos enemigos desde las playas de Normandía. La 88ª División estadounidense se paseaba ya por Roma desde el 4 de junio.

—Fantoche pomposo y cobarde —espetó el pasajero del Mercedes, en referencia al Duce, mientras continuaba pasando páginas del pesimista informe redactado por el alto mando de la Wehrmacht.

Dos millones de soldados enemigos en medio millón de vehículos y portando tres millones de toneladas de material de guerra avanzaban sin resistencia hacia el corazón del Reich. Carenton había caído el 11 de junio; Larteret y Portbail, el 18; y Roule, el cuartel general del ejército alemán, el 25. El 30 del mismo mes, seis mil soldados de la Wehrmacht se habían rendido en La Haya. Por otro lado, en Caen, las divisiones Panzer habían conseguido hacer retroceder a la 7ª División de Montgomery, pero el pasajero del Mercedes sabía que esa situación no iba a durar demasiado. El tiempo corría en su contra. Quedaba poco tiempo y lo que tenía que hacer era vital para la supervivencia del Reich. Esa misión era la que le había llevado hasta allí.

El Mercedes frenó en seco ante la puerta del hotel Maison Rouge, en la misma plaza Kléber. El portero del establecimiento saltó los tres escalones de la entrada y recorrió rápidamente el tramo de alfombra roja que le separaba de la puerta del vehículo.

En ese momento, el hombre robusto de la Gestapo que se encontraba en el asiento delantero estaba ya de pie junto al Mercedes. El agente alargó su mano para detener al portero mientras con la otra abría la puerta. El poderoso pasajero bajó del vehículo y se dirigió hacia el edificio.



ERIC FRATTINI

—Buenos días, señor —le saludó el director en cuanto pisó la recepción del hotel—. Ordenaré a un botones que le acompañe hasta el salón azul. Le están esperando.

—No se moleste —respondió el recién llegado—. Ya sé dónde está.

El hombre, protegido por dos agentes de la Gestapo, se dirigió por los largos pasillos hasta una de las puertas situadas al fondo. Al otro lado podían oírse las voces de varios de los invitados al encuentro secreto que iba a tener lugar.

Nada más entrar en el gran salón, la mayor parte de las personas que se encontraban dentro dieron un paso atrás y juntaron los tacones de forma sonora, en posición de firmes.

—*Heil, Hitler* —corearon al unísono mientras levantaban el brazo.

—*Heil, heil...* y ahora bajen el brazo. Esta reunión debe permanecer en el más absoluto secreto y a ello no contribuirán sus saludos. Caballeros, si seguimos haciendo esto, no acabaremos nunca. El saludo a nuestro Führer queda suprimido hasta que finalicemos la reunión —ordenó.

El mayor Voss dio un paso al frente e informó al recién llegado de que todos los convocados estaban preparados para dar comienzo al encuentro. Los hombres, en su mayor parte de edad avanzada y con pinta de banqueros, embutidos en elegantes trajes de sastre ingleses, empezaron a acercarse al hombre que acababa de llegar para estrecharle la mano. Tan sólo unos pocos permanecieron al fondo del salón. No a todos les caía bien aquel tipo bajito, algo obeso, que desde hacía años se había convertido en la peligrosa sombra del Führer. Su nombre era Martin Bormann.

—Bormann siempre reuniéndose. Le encantan las reuniones secretas —dijo un invitado a otro en voz baja.

En realidad, a nadie le interesaba ponerse en contra de tan poderoso personaje y eso lo sabían todos los allí reunidos. Muchos de ellos habían estado financiando no sólo las aventuras militares de Hitler y el abastecimiento a la Wehrmacht desde 1939, sino también, muchos años antes, al Partido Nacionalsocialista y el ascenso del propio Hitler hacia la cumbre del poder. Aunque esto les podía dar cierto margen de maniobra política ante el Führer, la mayor parte de ellos sabían que no era suficiente para acabar con la influencia de aquel campesino. Ninguno de los elegantes hombres allí reunidos tenía intención de dar con sus huesos en el campo de concentración de Da-



chau, como había sucedido hacía poco tiempo con el todavía poderoso presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht. Tampoco los militares que se encontraban en el salón deseaban contradecir a aquel campesino de la Baja Sajonia. Si lo hacían, podían acabar como simples combatientes en el frente ruso bajo la denominación «zum Verheizen», que en la jerga significaba ‘incineración’.

Ya en aquellos años, muchos habían oído por boca del propio Führer la aseveración «todo el que esté contra Bormann, está contra el Estado». El secretario del canciller mostraba una profunda cicatriz en su mejilla izquierda. Él alegaba que se la había hecho durante una pelea callejera contra los comunistas en los primeros tiempos del partido, en los años veinte, pero se había difundido interesadamente que aquella cicatriz se la había causado una prostituta que le rajó la cara cuando no quiso pagarle un servicio. Sin duda, la primera versión era mucho más romántica y le ayudaba a forjar una imagen de sí mismo que en muchos casos no se acercaba a la realidad.

—Empecemos, caballeros. Pido, por favor, que salgan de la sala todas aquellas personas que no han sido convocadas para este encuentro —ordenó Bormann haciendo referencia a los camareros que había en el salón.

—¿Cree que los americanos llegarán a Alemania antes de Navidad? —preguntó interesado uno de los banqueros.

—Lo de Normandía ha sido una vergüenza. Nuestro ejército tenía que haber previsto el ataque a las costas de Francia. En su lugar, los mandos estaban ocupados en conspiraciones contra nuestro Führer —respondió el secretario de Hitler, refiriéndose al recientemente defenestrado mariscal Erwin Rommel.

—¿Y cómo está nuestro Führer tras el atentado?

—Una cobardía que la Gestapo ha sabido erradicar de cuajo, y ahora, querido amigo, sentémonos a la mesa. El futuro del Reich está en nuestras manos —precisó Bormann a su interlocutor con tono misterioso.

—Verán todos ustedes unas tarjetas con su nombre en la mesa. Indican su lugar en ella y lo mantendrán hasta el final de la reunión —explicó Voss.

Cada asistente buscó su nombre en las tarjetas y ocupó el asiento que le correspondía en la mesa.

—Por favor, siéntense —dijo Bormann—. Siento haberles hecho esperar un poco, pero espero que hayan probado un buen coñac y un buen cigarro. ¿Está todo listo?

—Sí, señor —respondió el taquígrafo, que había ocupado el lugar más alejado de la mesa, junto al mayor Voss.

Bormann volvió a tomar la palabra.

—Aunque parezcamos niños en un campamento, les propongo que se presenten siguiendo el orden en el que están sentados. No todos se conocen. Yo lo haré al final.

—Bien, creo que soy el primero —dijo el hombre que estaba sentado a la derecha de Bormann—. Soy Walther Funk, presidente del Reichsbank.

Después le tocaba el turno al hombre que Funk tenía a su derecha, un tipo alto, con bigote y unos profundos ojos azules.

—Buenos días, caballeros. Mi nombre es Emil Puhl, economista del partido, vicepresidente del Reichsbank y experto en operaciones financieras de alto riesgo.

Puhl era el individuo que comía y discutía con los grandes banqueros de Berna y Zúrich, pero también era un hábil negociador con los encubridores de la Bahnhofstrasse y los traficantes de materias primas de la Paradeplatz. Bormann necesitaba a aquel hombre para llevar a cabo su plan.

—Soy el teniente coronel SS Adolf Eichmann, al cargo de la sección IVB4, responsable de la ubicación y deportación de los judíos en todo el territorio ocupado.

—Yo soy el capitán SS Alois Brunner, asistente del teniente coronel Eichmann, en la sección IVB4. Desde noviembre de 1939, soy el responsable de las deportaciones de judíos de Viena, Moravia, Tesalónica, Niza y Eslovaquia.

—Buenos días, señores. Pero querría saber antes... —dijo el siguiente personaje que debía presentarse.

—Por favor, ya habrá tiempo para las preguntas —le interrumpió Bormann levantando la mano—, ahora sólo deseo que se presente al resto.

—De acuerdo. Soy Friedrich Flick, magnate del carbón y el acero.

—Mi nombre es Carl Krauch —dijo el siguiente—, presidente del Consejo de Administración de la IG Farben.

—Buenos días, señores. Mi nombre es Georg von Schnitzler, químico y miembro del consejo de la IG Farben.

Después le tocó el turno a un hombre de pelo gris y mirada penetrante al que Bormann trataba con extrema delicadeza y respeto.

—La mayor parte de ustedes ya me conoce. Soy Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, presidente del conglomerado Krupp AG.

—Yo soy su hijo, Alfried Krupp von Bohlen, actual director ejecutivo de las industrias Krupp AG —dijo el joven que se sentaba al lado del poderoso magnate.

—Soy Kurt von Schroeder, banquero experto en operaciones financieras internacionales —afirmó el hombre con bigote y gafas redondas que había estado hablando con Bormann antes de la reunión.

—A mí también me conoce la mayor parte de ustedes, pero como el señor Bormann quiere que nos presentemos, así lo haré. Soy Albert Vögler, industrial, experto en armamento y filántropo.

—Bueno, sólo faltó yo —dijo uno de los hombres sentados alrededor de aquella mesa que había permanecido en silencio hasta ese mismo momento—, y creo que soy el único no alemán de esta reunión, pero espero que eso no les haga desconfiar de mí. Mi nombre es Edmund Lienart, empresario, financiero y, lo más importante para todos ustedes, amigo personal del Führer. Por eso estoy aquí.

Todos los asistentes fijaron su mirada escrutadora en aquel francés de pelo corto y canoso, con unas pequeñas gafas metálicas y bien vestido, sentado a la izquierda de Bormann y que declaraba abiertamente ser amigo personal del Führer. ¿Qué papel le tocaría desempeñar en el gran juego diseñado por Bormann?, se preguntaban los asistentes.

—Y ya, por último, me toca a mí. Soy, queridos amigos, Martin Bormann, jefe de la Cancillería, líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán con rango de ministro del Reich y secretario privado del Führer. Ahora que todos somos amigos y que ya nos hemos presentado, el mayor Voss, que tan magníficamente ha organizado esta reunión, les dará una serie de indicaciones, llamémoslas... de seguridad. Adelante, mayor —invitó Bormann.

—De acuerdo, señor. Caballeros, a todos ustedes se les han entregado unos papeles que no deben copiar ni mostrar a nadie, ni siquiera hablar de ello, excepto con sus superiores, los que los tengan. Todas las comunicaciones pasarán por mí y seré el único enlace entre ustedes y el ministro Bormann.

El influyente secretario de Hitler, de cuarenta y cinco años, tenía una memoria de elefante y la constitución de un buey. Era fornido, de redondos y poderosos hombros, de cuello corto y grueso. Echaba la cabeza hacia delante inclinándola siempre levemente a un lado. Krupp, que no sentía mucho cariño hacia aquel líder nazi, solía compararlo

con las gruesas mujeres luchadoras de Berlín, esperando su oportunidad para engañar a su adversaria en un combate sobre el barro. Pero, sin duda, Bormann engañaba a primera vista. En realidad, era muy ágil para ser tan grueso. Sus dedos, cubiertos de vello negro, eran gordos y nada escapaba a sus pequeños ojos escrutadores.

Una vez que los trece hombres se quedaron a solas, Martin Bormann volvió a tomar la palabra.

—Ya saben ustedes cuál es la situación militar en la que nos encontramos. Hablaré sin rodeos. Los ejércitos enemigos avanzan sin remedio hasta la sagrada tierra de Alemania y nada los detendrá en ese objetivo. Sin duda, todos ustedes se sorprenderán al oír esta afirmación de mis labios, casi puede llegar a sonarles a traición, pero lo que debemos empezar a comprender es que el Reich, nuestro glorioso Reich, tiene los meses, tal vez las semanas contadas —precisó Bormann mientras se desataba un murmullo entre los asistentes.

—Por favor, por favor, no se alteren —pidió Bormann, intentando calmar los ánimos de los asistentes, mientras extraía de su maletín de cuero una gruesa carpeta con un informe militar redactado por el alto mando de la Wehrmacht que desplegó sobre la mesa a la vista de todos—. Nuestras fuerzas están resistiendo en el oeste, mientras, en el este, el alto mando ha informado al Führer de que los ejércitos bolcheviques han conseguido romper nuestras líneas en varios puntos. Como también saben la mayoría de todos ustedes, Bruselas ha caído en manos enemigas hace tan sólo siete días y se dirigen hacia París. La capital francesa puede caer en los próximos días.

—¿Tiene algún plan nuestro Führer para detener a los americanos? —preguntó Walther Funk.

Bormann despreciaba a aquel borracho homosexual, alcohólico crónico y completamente analfabeto en cuestiones financieras. Sus análisis económicos eran tan imprecisos que en tiempos de paz debería desaparecer del mapa, si no quería arruinar por completo la economía del país.

Martin Bormann había ordenado a la Gestapo hacer un informe sobre el presidente del Reichsbank. Le gustaba tener documentación sobre todo aquel que pudiera llegar a tener contacto con él o con un posible acceso directo al Führer. A Bormann le interesaban más los rasgos psicológicos que los políticos. Opinaba que siempre podrían ser mejores armas la homosexualidad o el alcoholismo que ser sencillamente comunista.

FUNK, Walther. Desde 1939 dejó de estar a la altura de su cargo de ministro de Economía del Reich, ya que sus funciones pasaron a depender del plan cuatrienal y de la Cancillería del partido. No le gusta viajar y por eso se pasa todos los días en Berlín trabajando, cuando el exceso de alcohol no se lo impide, en su despacho de la Unter den Linden. Al mediodía sale de su oficina y se dirige a pie hasta la sede del Reichsbank. Si asiste a alguna conferencia con el Führer, Funk jamás pregunta nada ni expone ningún punto de vista por miedo a alterar al canciller.

Los miembros más cercanos a él son Horst Walter, que ejerce como chófer, jefe de gabinete y consejero ministerial; y su compañero, el doctor August Schwedler. El ministro jamás se deja ver por Berna o Zúrich. «Tal vez porque conoce su incompetencia y no desea medirse con los banqueros de aquel país», escribe a mano el agente de la Gestapo a pie de página. Funk no sabe nada de cuestiones monetarias, económicas o financieras del Estado.

—Nuestro Führer está ahora ocupado con el alto mando en detener el avance enemigo hacia nuestras fronteras y por ahora no puedo revelar nada más, como ustedes comprenderán —se disculpó Bormann ante la pregunta de Funk.

—¿Puede usted entonces decirnos por qué o para qué hemos sido convocados a esta reunión rodeada de tanto secretismo? Soy un hombre muy ocupado y no están los tiempos para abandonar nuestras obligaciones —protestó Krupp.

—Enseguida voy a revelarles el motivo de esta reunión —respondió el líder nazi no sin cierto misterio en su voz—. La clave de nuestro encuentro es Odessa.

—¿Odessa? —preguntaron al unísono varios de los asistentes.

—Sí, Odessa, el acrónimo de Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen —aclaró Martin Bormann mientras intentaba escrutar las miradas de los doce hombres que se sentaban junto a él.

—Tendrá que explicarnos el significado de esa Organización de Antiguos Miembros de las SS —pidió el teniente coronel Adolf Eichmann—. ¿Es que acaso piensa organizar una asociación de jubilados de las SS?

—Les responderé a todos ustedes si guardan silencio y permiten que me explique... El Tercer Reich puede caer si nuestro Führer no tiene el suficiente apoyo de los militares para poder expulsar y empujar hacia el mar a los ejércitos enemigos desembarcados en Europa. Debemos estar preparados para ello y por esa razón se ha decidido...

—Cuando habla de «se ha decidido», ¿a quién se refiere? —interrumpió intrigado el magnate Friedrich Flick.

—Señor Flick, si se refiere a si está informado el Führer, debo decirle que, en estos momentos, él está en Berchtesgaden dirigiendo la contraofensiva contra el enemigo y, por esa cuestión, estoy yo aquí representándole a él.

—¿Quiere eso decir que está usted aquí representando al Führer en persona? —replicó el anciano Krupp.

—Así es. Yo hablo siempre en nombre de nuestro glorioso Führer —respondió Bormann—. Y ahora, si dejan que me explique, les podré exponer el motivo y origen de Odessa, así como el papel que deberán desempeñar todos ustedes en ella. La raza solamente puede florecer en la tierra y por esa razón los alemanes de pura sangre aria se purificarán y fortalecerán a sí mismos mediante el contacto directo con la tierra alemana. Ésta es la base de la *die Deutsche Gemeinschaft*, la gran hermandad alemana. Debemos preservar para días mejores a los mejores, a los más puros de esa sangre alemana, de esa hermandad aria. Debemos protegerlos no sólo para salvaguardar el orgullo alemán, sino para esperar nuestro momento para una resurrección, una resurrección que traiga consigo un glorioso Cuarto Reich. Y tenemos que elegir a los mejores alemanes para cuando llegue ese momento. Deben estar preparados para volver a liderar el renacimiento de una nueva y más grandiosa Alemania.

Lo que muchos de los asistentes sabían era que nada de lo que el Führer hiciese pasaba inadvertido a Bormann. Este campesino de nariz gruesa tenía entre sus gordos dedos los hilos que manipulaban a Hitler. Controlaba todas sus acciones y escuchaba atentamente sus largos monólogos sin sentido. Se movía en la corte del canciller como una astuta comadreja y, al mismo tiempo, de forma casi invisible, como si fuera un fantasma, observando y analizando todo cuanto pasaba ante él, a pesar de ser desdeñado por esos militares prusianos, con su falsa tradición militar, que golpeaban siempre sus tacones de forma sonora.

Entre los que le habían dejado de lado figuraban personajes como Ribbentrop, que definía a Bormann como «un campesino»; o Speer, el arquitecto de Hitler, que lo definía como «un rudo y vulgar aldeano»; o Rosenberg, el apóstol de la religión nazi, que hablaba del secretario como un «iletrado». Todo lo que había hecho Bormann desde 1943 demostraba, por lo menos a Krupp y tal vez incluso a Eichmann, que el secretario aguardaba la derrota de Alemania y el derrumbamiento

del Tercer Reich, así como el momento en el que el Führer estuviese moribundo para convertirse en el legítimo heredero del movimiento.

—¿Y cómo pretende hacerlo? —preguntó Krauch, el presidente de la IG Farben.

—Ya se han tomado las primeras medidas —respondió Bormann—. Se están creando rutas de evasión en caso de una derrota de Alemania. Por ahora, no podemos precisar esas rutas, ya que, hasta que no sean necesarias, es mejor guardarlas en el más absoluto secreto. Lo único que puedo decir es que se están preparando y asegurando en diferentes países de Europa.

—Me imagino que todo ello conllevará un alto coste económico —volvió a cuestionar Krupp.

—Así es, Herr Krupp. Piense que, una vez que hayamos podido conseguir que los protegidos puedan escapar de una Europa ocupada por los americanos y británicos y con una Alemania destruida y ocupada por los comunistas, será necesario pagar sobornos, documentos falsos, nuevas identidades, lugares donde asentarlos hasta que sean llamados nuevamente para el renacimiento del Cuarto Reich. Para eso han sido convocados la mayoría de ustedes a esta reunión.

—Es decir, necesita más dinero de nosotros —protestó Alfried, hijo de Gustav Krupp—. Desde hace años se nos está presionando para que mantengamos la economía activa con el fin de continuar con la financiación de una guerra que desde hace tiempo no nos lleva a ninguna parte. Financiamos el reabastecimiento de la Wehrmacht y de otras unidades militares del Reich. Si siguen presionando a nuestras industrias, quebraremos por falta de fondos para financiar nuestras propias operaciones.

Bormann lanzó una gélida sonrisa al joven Krupp y respondió.

—Querido amigo, siento un gran respeto por su padre, pero sus palabras, si no fueran suficientemente matizadas, podrían sonar a alta traición, y ya sabe que eso ha llevado a muchos de los suyos a ser huéspedes de honor en el campo de Dachau.

—¿Me está amenazando? —gritó Alfried Krupp mientras se levantaba de su silla violentamente señalando a Bormann con el dedo índice—. Si lo hace, ¿a quién pedirá dinero para su nueva empresa, para su nueva Odessa? ¿A quién le pedirá dinero el Führer para financiar su contraataque? ¿A quién le pedirá dinero la Wehrmacht o la Kriegsmarine para comprar las materias primas necesarias para su reabastecimiento o para construir nuevos panzers o U-Boote? Le recuerdo, Herr Bormann, que mientras usted estaba en una granja de



ERIC FRATTINI

Halberstadt, mi padre ya tenía fundiciones que construían cañones para defender este país. Para defender nuestra sagrada Alemania.

—Disculpe a mi hijo, ministro Bormann —interrumpió Gustav Krupp—, ya sabe cómo es el ímpetu de los jóvenes, pero debemos saber que serán ellos los que tengan que reconstruir nuestra gran Alemania cuando finalice esta guerra y ya nadie quiera a ancianos como yo.

—Señor Krupp, ya sabe que nuestro Führer y yo mismo sentimos un gran respeto por lo que usted representa, así es que dejaré esta discusión con su hijo y lo achacaré a ese ímpetu de juventud del que usted habla —dijo Bormann para reducir el tono de tensión que había adoptado la discusión—. Propongo hacer una pausa para comer algo. Descansemos un poco y después podremos continuar con nuestra reunión. Degustemos los ricos manjares que nos han preparado los hombres del coronel Voss —anunció.

Los trece hombres sentados alrededor de la mesa se levantaron formando pequeños grupos a medida que se acercaban al salón en donde se exhibía el exquisito bufé.

—Es increíble que puedan encontrarse ostras a estas alturas de la guerra —comentó el experto en armamento Albert Vögler mientras saboreaba una ostra de Concarneau.

—Lo mejor para los mejores —repuso Bormann, que se encontraba a su espalda.

En un rincón algo más alejado de la mesa del bufé y de Bormann, se habían juntado Flick y los dos Krupp. En un segundo grupo, Eichmann y Brunner felicitaban al mayor Voss por la organización del evento. Puhl y Funk, aún en la sala de reunión, hablaban entre ellos y en voz baja con Von Schroeder, el experto en operaciones financieras con Suiza.

—Dios los cría y ellos se juntan —señaló Bormann al pasar ante el grupo formado por Krauch y Von Schnitzler, de la IG Farben. Ambos alcanzaron a escuchar el comentario, que provocó en ellos una sonrisa cómplice.

En un extremo de la sala, observando las vistas de la plaza Kléber, se encontraba un silencioso Edmund Lienart. Bormann sabía que aquel misterioso francés era un fiel amigo del Führer desde la década de los años veinte y, por lo tanto, se trataba de un personaje que había que tener en cuenta. Él era la clave para coordinar Odessa. Así lo había decidido el propio Führer.

—¿Cómo está la situación en el frente oriental? ¿Se sabe algo al respecto? —preguntó sin dejar de mirar hacia fuera.

—Los bolcheviques han conseguido romper nuestra defensa en Narva y avanzan rápidamente hacia Prusia Oriental —respondió Bormann de forma lacónica.

—¿Cree que el Führer tiene alguna baza guardada? —inquirió.

—Sólo él lo sabe. Ahora, el mayor esfuerzo de nuestro Führer es tratar de detener los avances enemigos para impedirles que pongan pie en tierra alemana. Se habla de que se está desarrollando una nueva arma secreta y que se prepara una gran ofensiva para antes de Navidad.

A Martin Bormann le molestaba tener que dar respuestas a cuestiones militares que en nada le interesaban, ni siquiera le habían interesado durante los años de gloria, al comienzo de la contienda, cuando las fuerzas alemanas arrollaban a los ejércitos de Francia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Grecia, Polonia o Yugoslavia. Sus intereses estaban dirigidos hacia la política y hacia la figura del propio Führer.

—¿Cómo está mi amigo el Führer? —preguntó Lienart.

—Oh, está muy bien. Continúa despachando personalmente todos los días con los altos mandos. Aunque creo que nuestro Führer no descansa lo necesario y así se lo he hecho saber a su médico en la Cancillería. ¿Hace tiempo que no ve al Führer?

—Sí, hace bastante tiempo. La última vez que nos vimos fue en el Berghof, en mayo de 1938. Yo estaba con mi esposa Magda y con mi hijo, August —respondió Lienart—. Fue un gran día.

—Esos días volverán. No lo dude. Por cierto, ¿cómo están su encantadora esposa y su hijo? —preguntó Bormann.

—Están bien. Mi esposa continúa en nuestra casa familiar en Sbarthès y mi hijo August está en el seminario de la abadía de Fontfroide. Antes estudiaba para ser sacerdote en el seminario de María Auxiliadora, en Passau, pero la guerra le obligó a cambiar su centro de estudios —respondió Edmund Lienart.

—Recuerdo perfectamente a su bella esposa. Es alemana, ¿verdad?

—Sí, de una familia aria...

—Oh, amigo Lienart, no se preocupe por ello. Estoy seguro de que si hubiese una pequeña gota de sangre judía en las venas de su esposa, usted mismo la hubiera repudiado —dijo Bormann mientras observaba atentamente la reacción del francés.

—Sí, pero ella es cien por cien aria. Su familia...

—Amigo Lienart, era tan sólo una broma. Sé que usted es un gran amigo de nuestro Führer y, por lo tanto, usted y su familia están li-

bres de toda sospecha ante las SS y la Gestapo. De ello me ocupó yo personalmente.

Al magnate francés no le gustó aquella apreciación, y mucho menos pensar que su destino y el de su familia podría estar en manos de aquel inculto y peligroso granjero alemán que había conseguido convertirse en el número dos del partido nazi y el único con suficiente poder como para ver a Hitler en cualquier momento del día o de la noche.

—No corren buenos tiempos para las bromas ni para las risas —expresó Lienart para rebajar la tensión entre ambos.

—¿Cuántos años tiene el joven August?

—Acaba de cumplir veintitrés —respondió Lienart.

—¿Y ha servido ya en el ejército?

—No. Él es más propenso a servir a Dios que a servir a Francia.

Nuevamente fue interrumpido por Bormann, que soltó una sonora carcajada.

—Volverán los buenos tiempos, amigo Lienart, esos días volverán y lo que salga de esta reunión contribuirá a ello. No lo dude, amigo Lienart, no lo dude —dijo Bormann mientras pasaba su grueso brazo por el hombro del francés y se dirigían hacia donde se encontraba el resto de invitados—. Les ruego que sigamos la reunión en donde la hemos dejado —propuso el secretario de Hitler.

Los trece hombres volvieron a ocupar sus lugares en la mesa. El primero en tomar la palabra fue Gustav Krupp.

—Muy bien, ministro Bormann. Ahora me gustaría saber una cuestión, estoy seguro que como al resto: ¿cuál será nuestro papel en su organización Odessa?

—Tengo un plan diseñado a la perfección, una maquinaria perfectamente engrasada, cada pieza encaja en otra. Mi plan debe cumplirse con todo lujo de detalles, al milímetro. Si cada uno de nosotros llevamos a cabo nuestra misión, Odessa será un éxito y estaremos preparados para el renacimiento de un nuevo Reich.

—Y bien, ¿qué debemos hacer? —preguntó Krauch.

—De momento, cojan ustedes el informe sobre financiación que está dentro de la carpeta que les ha entregado el mayor Voss a cada uno de ustedes al principio de nuestra reunión —pidió Bormann.

Los doce hombres abrieron la carpeta con el sello de «alto secreto» en su portada y buscaron entre los papeles el informe solicitado por Bormann.

—Ahora que tienen todos ustedes el informe financiero, les diré cuál será la misión de cada uno. El teniente coronel Eichmann será el

encargado de redactar la lista Odessa, con los nombres de los candidatos pertenecientes a las SS y que deben ser salvados por nuestra organización una vez que finalice la guerra...

—¿La Gestapo estará incluida en esta lista? —preguntó Brunner.

—Sí, también la Gestapo, aunque se le dará prioridad a las SS y a los altos miembros del partido —respondió Bormann—. Usted, capitán Brunner, se ocupará de coordinar la lista redactada por el teniente coronel Eichmann y comenzará a tramitar las documentaciones falsas que utilizarán los camaradas de la Hermandad para llegar hasta refugios seguros.

Tras dar un largo sorbo de agua, Bormann continuó con el reparto de labores en la nueva organización que se estaba creando en ese mismo momento.

—Ustedes, señores Flick, Krupp y Vögler, se ocuparán de entregar fondos a través de sus agencias subsidiarias y filiales de sus empresas en el extranjero, principalmente en Suiza y Argentina, para financiar los primeros pasos de Odessa.

—Pero eso no será suficiente. Estoy seguro —interrumpió Friedrich Flick.

—No se preocupe por eso, Herr Flick. Hemos pensado y diseñado desde hace algunos años otras formas de financiación de nuestra organización, como depósitos de oro en diversos bancos suizos a través del Reichsbank, o las joyas y el oro sustraídos a los judíos en los campos de concentración por el departamento del teniente coronel Eichmann. Parte de ese oro y de esas joyas judías ayudarán para que los mejores de los nuestros se escondan a la espera de la llegada de un nuevo Reich —repuso Bormann—. Continuemos. El presidente y ministro de Economía Funk se ocupará de dar un brillo de legalidad a las operaciones de oro con Suiza a través de certificados del Reichsbank. Ustedes, señores Puhl y Von Schroeder, se ocuparán de establecer comunicaciones de doble vía con los gnomos de Berna y Zúrich con el fin de aligerar las operaciones de desvío de fondos procedentes del dinero y las joyas incautadas a los judíos desde los campos de exterminio, para que se convierta en dinero legal y limpio ante cualquier tipo de rastreo por parte de las autoridades económicas y financieras de las potencias enemigas tras el fin de la guerra.

Tan sólo Funk y Von Schroeder sabían a qué se refería Bormann cuando hablaba de los «gnomos». Esta expresión era la forma despectiva con la que el propio Adolf Hitler calificaba a los banqueros y miembros del gobierno suizo que colaboraban con la Alemania del



ERIC FRATTINI

Tercer Reich. El Führer los despreciaba absolutamente, pero los necesitaba en la misma medida.

—Ustedes, caballeros de la IG Farben, utilizarán sus contactos en el extranjero para crear empresas fantasmas en países como España, Portugal, Argentina, Brasil, Colombia y algunos otros más de esa zona con el fin de crear futuras tapaderas que puedan dar cobijo legal a los miembros de la Hermandad ante las autoridades de esos países. Una vez que termine la guerra, estoy seguro de que los americanos y los británicos se dedicarán a presionar a terceros países para que nuestros camaradas sean entregados por las acciones llevadas a cabo durante la contienda —precisó Bormann.

—¿Y cuál será mi función? —preguntó interesado Edmund Lienart.

—Usted, amigo Lienart, será el núcleo, el centro de todas las operaciones de Odessa. Todas las acciones llevadas a cabo por el resto de personas que han formado parte de esta reunión se concentrarán en usted. Nadie, ningún servicio de inteligencia enemigo dudará ni sospechará de un ciudadano francés una vez que finalicen con la destrucción de nuestra querida Alemania. Ningún bolchevique, inglés o americano, ni siquiera los franceses de ese títere llamado De Gaulle sospecharán de usted. Nadie pensará que un ciudadano francés, sin tacha, puede dirigir y coordinar la más importante y secreta operación de evasión de toda la historia, las operaciones de fuga de importantes miembros de las SS y del partido cuando la destrucción de nuestra nación acabe con el fin del Tercer Reich. Ésa será su misión, amigo Lienart —reveló el secretario del Führer.

—Esa coordinación de la que usted habla, ¿cuándo se hará efectiva? —inquirió el francés.

—Desde este mismo momento. En el acto. Usted será una especie de ministro plenipotenciario de Asuntos Exteriores de Odessa. Tendrá que viajar por Europa buscando poderosos aliados con los que podamos contar una vez que los enemigos del Reich inicien la búsqueda de nuestros camaradas. Para ello, tendrá libre acceso y paso para franquear las fronteras controladas por la Wehrmacht en todos los países controlados por Alemania, incluidos los territorios ocupados. Su misión será encontrar y convencer a esos poderosos futuros aliados para que nos brinden su ayuda desinteresada o no tan interesada. Le facilitaremos una tarjeta amarilla especial que le dará libre acceso a todas las instalaciones del Reich. Con esa identificación nadie le hará preguntas.



—¿Quiere eso decir que se les pagará por su ayuda a Odessa?
—preguntó Lienart.

—Sí, con oro, y en esa función le ayudarán los camaradas Puhl y Von Schroeder, que serán los únicos autorizados para intervenir y mediar con los gnomos suizos. Sólo ellos —recalcó Bormann mientras daba una palmada sobre la mesa. Y añadió—: Fantástico. Ya tienen una idea general del plan. Ahora, si tienen alguna pregunta, estaré encantado de responderles —dijo el secretario de Hitler sin dejar de mirar a sus interlocutores.

—¿Qué sucedería si alguno de nosotros no aceptara entrar en su magnífico plan de Odessa? —preguntó Vögler.

Bormann soltó una fuerte carcajada.

—Amigo Vögler, no me gustaría que algún peón de las SS pueda interesarse por usted. Antes de que acabemos nuestra reunión les pediré su apoyo incondicional. Necesitaré un sí rotundo. Unánime. No quiero decir al Führer esta misma noche que alguno de ustedes no ha apoyado a una futura gran Alemania, ¿o tal vez preferiría decírselo usted mismo?

—No, por favor... —balbuceó Vögler—. Nuestro Führer, y usted como su representante, sabe que cuenta con mi incondicional apoyo al proyecto Odessa.

—Al término de esta misma semana sabrán todos ustedes los siguientes pasos que deben seguir, que tendrán que ser efectivos y rápidos. El tiempo se nos echa encima y no podemos perder ni un instante. Todo debe quedar bien atado. Y ahora, quiero oír su voto a la operación Odessa —señaló Bormann.

—Mi voto es un sí, en nombre del Reichsbank —respondió Funk.

—El mío también es un sí rotundo —apuntó Puhl.

Uno por uno, fueron pronunciando todos el «sí» al proyecto de Martin Bormann. Lienart, antes de responder, miró al resto de los presentes, muchos de los cuales habían dado su apoyo a Odessa sin demasiado entusiasmo, como los Krupp o Flick. Al fin y al cabo, sabían que tendrían que ser ellos los que financiaran en su mayor parte la operación ideada por aquel tipo al que despreciaban.

—Señor Lienart, ¿cuál es su voto? —preguntó Bormann.

Tras unos segundos, el magnate francés dio su «sí» al poderoso secretario del Führer.

—Sí, claro. Mi voto es un sí rotundo —dijo sin mucho entusiasmo.

—Como todo ha quedado ya claro, les propongo dar por finalizada nuestra reunión y volver a nuestras tareas. Muchos de ustedes



han tomado notas. Memorícenlas y destrúyanlas. El mayor Voss preparará una discreta transcripción para que se la puedan presentar a sus superiores, pero nadie más debe conocer el contenido de esta reunión. Todos sus comentarios me serán transmitidos a través del mayor Voss. Debemos sentirnos satisfechos, créanme. Muchas gracias a todos ustedes por haber asistido. Los que lo deseen pueden disfrutar de los manjares con los que nos ha obsequiado el mayor Voss o bien regresar ya a sus destinos. Buenas noches a todos —se despidió Bormann.

Los trece hombres fueron estrechándose las manos y se dirigieron hacia la salida del hotel Maison Rouge. Un miembro de las SS iba llamando a los conductores de cada uno de los magnates y banqueros que habían acudido a aquella cita. Cuando Edmund Lienart se disponía a abandonar el gran salón, Martin Bormann le cogió del brazo y lo condujo a un rincón apartado para que nadie pudiera oír lo que iba a decir.

—Será mejor que salgamos a la terraza —le invitó Bormann.

Ambos encendieron un cigarro mientras observaban las primeras luces que se encendían en los alrededores de la plaza.

—Cuando acabe la guerra, me gustaría venir a vivir a esta ciudad. Tal vez tener una casa en las afueras... cuando ya no tenga responsabilidades en el partido —contó Bormann observando la cara de escepticismo de Lienart—. Veo que usted, amigo Lienart, es poco soñador. La política es un juego feo. Lo sé muy bien. Considero que el ejército, en este caso las SS, requiere una disciplina para hacer lo impensable. La política requiere habilidad para que otros hagan lo impensable por ti. De momento, necesitamos en la misma medida tanto a la política como al ejército.

—¿Cuánto tiempo tengo para responder? —preguntó Lienart.

—¿Para responder qué, amigo mío?

—Me gustaría que fuera el propio Führer quien me ratificara lo que usted me ha comunicado. Sólo aceptaré hablar con el Führer, y sólo de él aceptaré esta misión.

En ese momento, Martin Bormann soltó una sonora carcajada y le dio una palmada en la espalda al francés.

—Su amigo, nuestro Führer, le conoce a usted muy bien. Sabía que iba a reaccionar tal y como lo ha hecho: poniendo en tela de juicio mis órdenes. Y ahora le pregunto, si el Führer le da la orden personalmente, ¿aceptará cumplirla sin rechistar?

—Sí, aceptaré la misión sin rechistar por el bien del renacimiento de un nuevo Reich —respondió Edmund Lienart.

—De acuerdo. Mañana por la mañana le recogerá un coche en Berlín que le llevará hasta el aeropuerto y un avión le trasladará hasta Berchtesgaden. Allí será recibido por el Führer en el Berghof. Nuestro Führer le ratificará mis órdenes y su misión en Odessa —indicó Bormann.

—Si es así, aceptaré sin condiciones.

—¿En qué hotel se alojará en Berlín?

—En el Adlon.

—A las siete de la mañana estará esperándole el coche en la puerta. Sea puntual, señor Lienart. El Führer está muy ocupado y tiene poco tiempo, incluso para amigos tan cercanos como usted. Ahora, si me disculpa, debo coger un avión a Berlín. —Cuando se disponía a recoger las carpetas con la información sobre Odessa que minutos antes habían estado leyendo los asistentes a la reunión, Bormann se dirigió a Lienart y añadió—: Me gustaría recordarle, señor Lienart, que el Führer fija nuestras metas y nuestra tarea es hacer realidad su visión. Cómo y cuándo es labor nuestra, pero nunca debemos discutir el qué. No lo olvide.

Antes de subir al mismo vehículo en el que había llegado, Bormann se dirigió al mayor Voss y le ordenó destruir todas las pistas sobre la reunión que acababa de tener lugar.

—Todo debe quedar destruido, mayor Voss. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor, alto y claro —respondió el oficial de las SS.

—Bien, que así sea... *Heil Hitler* —exclamó Bormann antes de desaparecer dentro del Mercedes.

Sin mediar palabra, el mayor de las SS Helmut Voss entró de nuevo en el hotel Maison Rouge y pidió al director que le entregara el libro de honor del establecimiento. Gustav Krupp, Walther Funk y algunos otros habían dejado su rúbrica en el libro. Sin mediar palabra, el oficial de las SS buscó las páginas correspondientes al 10 de agosto y las arrancó de cuajo. A continuación entró en el salón; el taquígrafo se disponía a guardar los rollos utilizados en la reunión.

—Entrégueme los rollos —ordenó el oficial al taquígrafo—. Me ocuparé yo mismo de redactar un escueto informe para todos los asistentes.

Ya solo en aquel gran salón, Voss se acercó a un gramófono situado en un extremo de la mesa y puso un disco. Al depositar la púa sobre el surco, comenzó a sonar una sinfonía de Schubert. Tras beberse de un solo trago una copa de coñac, el mayor Voss pensaba



ERIC FRATTINI

mientras se dirigía a una pequeña chimenea: «Nunca he entendido la pasión sentimental por esta mierda vienesa de Schubert». A continuación, juntó los rollos del taquígrafo y las anotaciones realizadas por los asistentes, encendió un fuego y arrojó en él los comprometedores papeles.

Seguidamente, se colocó la gorra de plato con el símbolo de la calavera, apagó las luces y salió del hotel perdiéndose entre las callejuelas de la ciudad.

En menos de nueve horas, aquellos trece hombres crearon una poderosa organización llamada Odessa que debía convertirse en el núcleo del renacimiento de un Cuarto Reich, tras el fin del Reich de los Mil Años, que estaba a punto de perecer. Martin Bormann acababa de sentar los cimientos de una organización nazi a nivel internacional cuyos tentáculos se extenderían desde el corazón de la Europa ocupada por los Aliados a las recónditas selvas de América Latina; desde el corazón de una Alemania destruida y aniquilada al caluroso e inestable Oriente Próximo.

